

flores cortadas

Isabel Valverde

Las flores cortadas

Isabel Valverde Vírseda

Las flores cortadas

Vision Libros

LAS FLORES CORTADAS
© Isabel Valverde Vírseda
virsedaval@yahoo.es
© Editorial Vision Libros
Calle San Benito, 21, Local
Tel: 0034 91 3117696 url: www.visionlibros.com
Vision Libros es marca registrada de Vision Netware S.L.

ISBN: 978-84-9886-875-3

Diseño de la cubierta: Daniel Pinillos Valverde
dpinillos@yahoo.com

Maquetación: P. Soler.

Distribuye y produce:
Distribuidora de publicaciones. C/ Magnolias, 35 Bis, Local.
28029 Madrid.

Pedidos a: pedidos@visionnet.es
www.distribuciondigital.com

Reservados todos los derechos. Esta publicación no puede ser reproducida ni registrada sin el permiso previo por escrito de los titulares del copyright.

A los que conocen los padecimientos
humanos, cualesquiera de ellos,
y, sin embargo, son capaces de
apreciar el color de las flores.

Prólogo

He tenido la suerte de seguir paso a paso, de cerca, la andadura literaria de Isabel.

Es algo así como ver crecer un árbol. Por supuesto, Isabel era terreno abonado para el quehacer literario. Se ha nutrido de la Literatura, su profesión, su actividad docente, pero sobretodo, su voraz e incansable apetito de lectora, la han propiciado para la tarea.

Pero ¿cuántos de nosotros, lectores pertinaces, aficionados a la pluma, somos capaces de rumiar una trama, construirla y, lo más difícil, plasmarla, sentándonos diariamente, contumazmente, escribiendo ese libro que ante el primer folio en blanco debe semejar un Himalaya inalcanzable?

Como sé que, siendo importante, la inspiración no basta, admiro profundamente, envidio, esa dedicación constante, disciplinada y tenaz.

Cuando tuve en mis manos el borrador de su primera novela: "El álbum de fotos", me dije: esto no es un hobby, un capricho pasajero de aficionada. Aquí hay madera de novelista. Hoy, después de tres libros y medio escritos (el medio corresponde al cuarto, sin concluir) en el breve espacio de tres años, tengo la satisfacción de comprobar que no estaba equivocado. Ese primer libro no era sólo un inicio, un intento, una de esas operas primas con reminiscencia de infancia, con nostalgia del pasado que, una vez exteriorizadas, no tienen continuación. No, el empeño de la autora era mucho más sólido, de más alcance, más vocacional. Desde entonces, Isabel no ha dejado de escribir.

Podemos preguntarnos ¿qué esperamos de un buen novelista: imaginación, sensibilidad, fabulación, dominio del lenguaje, capacidad de argumentación, penetración psicológica, intriga? ¡Hay tantas cosas! Y al final es un misterio el motivo por el que unas nove-

las nos conmueven y otras nos dejan fríos, indiferentes o peor aún, aburridos. No es este el caso.

Isabel posee una portentosa imaginación, es ésta tan desbordante, tan exuberante, tan desbocada, que se me antoja pensar si su primer problema consistirá en controlarla, domesticarla, dominarla.

Otra de sus señas de identidad es, sin duda, una gran sensibilidad. Me atrevería a decir: una sensibilidad muy femenina, con el riesgo de acusación de machismo. Ya sé, ya sé que la sensibilidad no es atributo exclusivo de la mujer, y es obvio que cualquier artista o escritor que se precie, la tiene. No en vano, el cerebro tiene su lado masculino y su lado femenino; pero también es preciso admitir que en la vida corriente es más perceptible, por no reprimida, en ellas que en ellos. Será por los dichosos roles.

La sensibilidad de Isabel es a flor de piel. Es sensible a la vida, a la belleza, al ser humano, a la naturaleza, al amor.

Por cierto, éste, es un libro feminista en el buen sentido del calificativo. El binomio protagonista lo constituyen dos mujeres. Ahí está la figura del macho dominante y posesivo, frente a la víctima propiciatoria, y su rebelión.

El personaje de Ricardo es el prototipo del varón clásico con todos sus atributos: guapo, rico, conquistador, seguro de sí mismo; el galán sin escrúpulos, aceptado, asumido, admirado e incluso envidiado por la sociedad. Actualmente, no nos engañemos, es el héroe triunfador representado ahora por el político prepotente, el influyente y todopoderoso millonario, el musculoso deportista o el actor con "glamour".

Afortunadamente, también aparece en la novela el contrapunto representado en el personaje de Manuel-Silvio, el vecino pintor que, además de reconciliarnos con el género masculino, abre en la historia tantas puertas esperanzadoras.

No me siento autorizado para hacer una crítica seria sobre la capacidad literaria de Isabel, su oficio de escritora. Sólo diré que es potente su avance, su perfeccionamiento. Se nota, de obra en obra, la mejora de ese oficio. "Se hace camino al andar", dice Machado. Ella lo hace con paso firme y seguro.

Le gusta a Isabel establecer en sus novelas como un hilo conductor que no es propiamente la trama, el argumento, sino algo más sutil, más estético; utilizando unos motivos seleccionados, temáti-

cos, los enhebra, como en un collar, formando un todo armónico y entrelazado. En su primer libro eran esas fotos de álbum familiar que anunciaba el título y que motivaban, glosándolas, sus capítulos.

En "Ego te absolvo", su segundo libro, aunque menos explícitos, serían, mejor que cuentas de collar, negras cuentas de rosario, los pecados que el pobre y abrumado curita joven tenía que escuchar y, peor aún, que absolver.

En el presente libro, el collar con sus cuentas, capítulos, está engarzado con esas románticas y entrañables canciones: tangos, boleros, algunas coplas que todos hemos tarareado y que forman parte de nuestra vida; especialmente tangos, tangos de tristísimas letras, como triste es esta historia. Letras, desgraciadamente, huérfanas de melodía (podría ser un libro-disco) que se incrustan en las páginas como gemas. Y en la segunda parte, ese collar se entremezcla con otro, el de "las flores cortadas" (como las vidas), flores nunca repetidas, depositadas en una lápida, distinguiendo y singularizando cada capítulo. Casi diríamos impregnándolos de color y hasta de aroma. Se trata del "leit motiv" musical de las obras sinfónicas o el modesto y repetitivo "ritornello" o estribillo en las canciones populares. Esta reiteración literaria, como la musical, unifica la obra, bañándola de poesía.

Se repite en esta novela el artilugio de la muñeca rusa, de incluir como en "El álbum de fotos", una novela dentro de otra, aunque aquí, más que de dos novelas, se trata de una sola, pero contada, hablada o pensada por dos protagonistas distintas.

En "El álbum de fotos" había una dosis de suspense. Aquí, con maestría, se conduce la historia hacia un final intrigante, dudoso, en el que el deseo de venganza se resuelve fundiéndolo con el azar, el destino o la justicia divina, según como queramos llamarlo.

No quiero desvelar al lector el contenido de la novela (este prólogo, absolutamente prescindible, de ser leído, mejor hacerlo al final), pero no puedo dejar de destacar un tema importante: Lo que más me ha sorprendido, impresionado, admirado de este relato, es su idea inicial o motriz. Su embrión germinal, su chispazo, el pistoletazo de salida.

Después de miles de novelas publicadas y cientos leídas, resulta muy difícil, por no decir casi imposible, encontrar algo escrito que pueda calificarse como original. Pues bien, esta novela, a mi juicio, es extraordinariamente original.

Esos monólogos que no lo son. Esos diálogos imposibles entre dos mujeres desconocidas. Esa extraña situación fuera del límite de la vida. Esa comunicación, tan humana, y al propio tiempo tan sobrenatural. Ese encuentro entre dos vidas o dos muertes. Ese cruce de existencias como configurado por una excepcional conjunción de los astros.

Esta idea, clave en la novela, tan original, tan bella, constituye, para mi, un auténtico y feliz hallazgo literario.

No sólo es original, es fantástica. Es emocionante.

Una vez planteada esa insólita situación, la bifurcación de la novela en dos partes, hábilmente construidas, es igualmente sorprendente.

Finalizada la primera parte, parecería que ya está todo dicho, no queda mucho más que decir como no sea buscar un desenlace o dejarlo abierto, sin final. Pues bien, nuestra autora, da un vuelco a la historia, un giro de ciento ochenta grados, presentándonos el otro lado de la luna (como cantaba Armando Manzanero).

Y el nuevo enfoque, el cambio de voz, el relevo sentimental, la alternativa reencarnación del cariño, de la empatía, de la reciprocidad hacia la otra, que desarrolla la segunda parte, como un eco de la anterior, es un alarde de inspiración y eficacia narrativa.

Las dos partes se complementan, son inseparables. Son las dos caras de una misma moneda. Y no es solamente un truco narrativo, porque igualmente valiosa es la transmisión, como una herencia de la propia vida de Elisa a Isabel. El legado de su intimidad, sus penas, pero también, su paisaje, su ambiente, su casa, sus gentes, sus amigos, Manuel, e incluso el pesado fardo del rencor, la posible venganza o reparación

Ya han surgido, inevitables, los viejos interrogantes, nunca debidamente respondidos: ¿Hay un más allá?, ¿solo existe el azar? o ¿algo superior, una ley divina? ¿Y la predestinación?, ¿y los espíritus?

Isabel, tan sensitiva, tan receptiva, no podía ser ajena al mundo de los espíritus: esotérico y mágico. Es su mundo, lo habita, transita por él.

En su novela, es palpable: El espíritu de Elisa transmigra al de Isabel, haciéndolo suyo, vampirizándolo. ¿Será esto, y no otra cosa, la reencarnación?

Al cerrar el libro, quedan en nuestra memoria esos monólogos que aspiran a ser diálogos donde, además del deseo de comunicación, existe una confesión propia, un derramarse en lo más intimo del ser, una búsqueda del yo en la otra, una autoafirmación.

Algo terrible ha sido necesario, el dedo del ¿destino?, en forma de desgracia, accidente o enfermedad, para que dos vidas, hasta entonces lejanas, se crucen y se busquen desesperadamente en un vano intento de unión, inevitablemente frustrado. Y nos da que pensar en tantos seres que habrán pasado ante nosotros, cruzándose nuestros caminos, rozándonos, pero sin ocasión, tiempo o lugar para conocerlos y amarlos o, quizás, no hemos podido, querido o sabido conectar con ellos. Tal vez, en ese caso, el destino ha desdeñado intervenir.

Y del otro lado, el eterno reproche que nos hacemos en nuestros propios monólogos, cuando recordamos a los seres queridos ausentes, a los que no supimos expresar suficientemente nuestro cariño ni hemos aprovechado del todo el suyo, desperdiciando los instantes posibles de felicidad, ya irrepetibles. Todo eso advierto en la novela y por ello resulta tan conmovedor ese deseo de comunicación, de compenetración entre Isabel y Elisa.

Tal vinculación entre dos seres afines, próximos por el azar, distanciados por la muerte, nos transmite una poderosa carga emotiva hecha de amor, generosidad y comprensión.

José María Alarcón Aguirre
Director artístico cinematográfico

Entre su extenso currículo, cabe destacar su participación en títulos tan famosos del cine histórico y colosalista como: ***El Cid, 55 días en Pekín*** *o* ***La caída del Imperio Romano****, todos ellos de espectaculares decorados.*
Ha trabajado en grandes superproducciones internacionales como: ***Alien I*** *de Ridley Scoott,* ***Dune*** *de David Lynch o* ***Conan*** *de Richard Fleischer.*
Más recientemente, ha sido notable su labor de diseño en ***Los fantasmas de Goya*** *(2006) de Milos Forman y* ***Sangres de mayo*** *(2008) de José Luis Garci, entre otras muchas producciones.*

Introducción

A veces las historias que leemos o nos cuentan, incluso las que nosotros mismos relatamos, no encierran otra intención que la de distraernos. Juegan con las palabras, como si se tratase de ladrillos que levantan edificios, construyendo otros mundos. Historias que no requieren respuestas, tan sólo nos producen un silencio, e inmediatamente después comenzamos a pensar en otra cosa, sin sospechar que, quizás, un día cualquiera, vamos a ser sorprendidos en nuestros recuerdos con una imagen o una frase oportuna que nos traerá el esbozo de una sonrisa a los labios.

Otras historias provocan nuestros sentimientos, y hasta son capaces de cambiarnos un poco la vida. Son construcciones de lujo que requieren materiales de primera calidad. Historias que permanecen en la memoria, cuyas palabras comienzan a formar parte de nuestro vocabulario, enriqueciéndolo y dando sentido a muchos referentes. Historias que, con el tiempo, seccionamos caprichosamente y cuyos fragmentos escogidos se hunden en nuestra carne para volver a hacerse presentes en el sabor salado de una lágrima o en el clamor de un beso.

Me gusta escribir historias, es algo que me sitúa por encima de mi propia condición, algo que me acerca un poco a la inmortalidad.

Me gusta crear personajes de la nada, otorgarles todo tipo de peculiaridades que les definan y les diferencien; insuflarles vida propia, llevarles a donde yo quiera llevarles, aunque, a veces, como ocurre con los hijos, son ellos, con su fuerza, los que dirigen sus

propios destinos y me conducen a mí, su creadora, a un final insospechado que, en ocasiones, me asusta y otras me divierte.

La historia que estáis a punto de comenzar a leer, humildemente, pretende ser de las últimas que os he referido, porque siempre que se corta una flor algo se muere y, eso, no debiera dejarnos indiferentes.

Elisa

1

Hace ya una semana que te visito en esta habitación a la que te subieron después de los días interminables que pasaste en la UCI. Tu situación clínica no parece haber variado. Eso me dicen los médicos, a mí, que me he convertido, por decisión propia, en el único referente de tu anonimato, que persiste, a pesar de las gestiones de la administración del hospital para encontrar alguna pista que identifique a la mujer que ingresó en estado de shock. Por lo visto alguien avisó al SAMUR cuando te caíste en la calle. Te dio tiempo a decirles tu nombre: Isabel, y balbucear algunas palabras sin sentido. No encontraron tu documentación. Todo esto lo sé porque aquel día yo salía de mi sesión de diálisis por la puerta de urgencias. Llegaba la ambulancia y me aparté para dejar paso a los camilleros que te transportaban; se acercaban a recepción, pude oírlos: Isabel, unos treinta años. Sólo dijo su nombre antes de desvanecerse. Posiblemente ha sido agredida y robada. No hemos encontrado bolso ni objetos personales que la identifiquen. La persona que nos dio el aviso no ha sido testigo. Tomen nota de los datos clínicos: posible traumatismo craneoencefálico con pérdida de conciencia, constantes alteradas, dieciocho de sistólica…

Te dejaron sola un momento mientras cumplían con el papeleo en Administración. Yo estaba a un paso de tu camilla. Te miré, con esa mezcla de curiosidad morbosa y una sensación de sentirme afortunada por el solo hecho de estar de pie. Parecías dormida o, tal vez, habías cerrado los ojos para no verte expuesta a las miradas indiscretas y compasivas de los que, como yo, pasábamos por allí en aquel momento.

Hice el viaje de vuelta a casa distraída. Resonaba tu nombre en mi cabeza, Isabel, una y otra vez. Se me representaba tu imagen de bella durmiente a través del parabrisas de mi coche.

Dejé atrás el hospital Puerta del Mar, cogí la calle Ramón de Carranza con dirección al centro de Cádiz, atravesé el arco de Puertatierra y seguía obsesionada contigo. Me preguntaba cuándo

se harían cargo de ti, quién sería tu familia y quién serías tú. Aparqué mi coche muy cerca de la plaza de Las flores, donde yo vivo, y seguía imaginando cuál sería tu suerte. Aquella noche desperté varias veces con tu imagen; me habías parecido muy hermosa, pálida, una piel casi transparente hacía visibles unas venillas azuladas que se dibujaban en tus manos desmayadas. Rojiza tu melena, como un incendio, sobre el blanco de la sabanilla. Aprecié, por el relieve de tu cuerpo tendido, que eres alta y de complexión delgada. Pude ver tus pies, habías perdido un zapato, ese detalle se repite en mi recuerdo.

Te hablo, estoy hablándote. No sé por qué lo hago. Resulta extraño hacerlo con alguien que, como tú, permanece en estado de coma. Tu exigua vida es puramente vegetativa, según me ha informado la enfermera jefe; pero hay algo en mí que se resiste a considerarte como un vegetal, término tan usado para casos como el tuyo.

Dice Margot, la enfermera jefe, que tus funciones vitales se reducen al riego sanguíneo que administra el oxígeno para la supervivencia de las células y a la asimilación de los nutrientes que, como las distintas drogas del tratamiento, te administran por vía intravenosa. Dicen los médicos, y ella me transmite, que los exámenes neurológicos que completan tu cuadro clínico, confirman los peores augurios. No respondes a estímulos, no padeces. ¿Quién puede asegurarlo?, tal vez, estás luchando por salir del lugar donde te encuentras, aunque la placidez que muestra tu rostro parece la señal de estar sumida en un apacible sueño que te aísla de este mundo complejo en el que estamos.

Te preguntarías, si pudieras, qué hago yo, una extraña, inmersa en esta situación tan personal que sólo a ti concierne. Quizás debes saber, ante la remota posibilidad de que me escuches, que volví al día siguiente de tu ingreso para interesarme por ti. Me habías obsesionado. No lo hice así, directamente, hubiera sido, cuando menos, indiscreto. Utilicé mis contactos en el hospital para informarme.

Mi realidad tampoco es lo que pueda decirse normal. Acudo tres días por semana a sesiones de diálisis; mis riñones no funcionan como debieran.

Elisa —ése es mi nombre—, me dijo el doctor Mendoza que me atiende: empezaremos con diálisis mientras llega un donante com-

patible. Así, bruscamente, supe que era candidata a un trasplante. Me costó asimilarlo por serme tan ajeno y considerar que aquello de los trasplantes había dejado de ser pura ciencia ficción, pero sólo para algún desconocido merecedor de compasión. Han bastado tres meses para que me acostumbre a la idea, no tanto a la dependencia que me crea la máquina a la que ya considero parte de mí; es mi soporte vital y trato de familiarizarme con ella. Imagino que vamos a estar unidas durante mucho tiempo, o eso pienso ahora, por el miedo que tengo a la alternativa.

Te decía, que me he valido de mis contactos para obtener información sobre esa mujer que había ingresado ayer: Isabel, pelirroja. Eso le dije a Asun, la enfermera simpática de la unidad renal en la que me tratan.

—¿Y ese interés, a qué viene, Elisa? —me preguntó.

—Me impresionó verla. ¿Podrías informarte y decirme algo al respecto?

—No creo que sea lo más aconsejable para ti inmiscuirte en ese tipo de cosas, pero supongo que no me queda más remedio que hacerlo, eres tan obstinada…

Así supe que habías entrado en coma a causa de un edema en tu cerebro. Que ningún familiar te había reclamado y que la policía buscaba pistas para tu identificación. Todo ello acrecentó mi interés por ti. No era simple curiosidad; de pronto sentí que tenía que hacer algo, quizás, por encontrarme actualmente tan sola como tú lo estás.

Me hice pasar por una conocida. Te visité en la UCI y recibí información diaria de tu estado. Me convertí en ese familiar tuyo que nunca llegaba. Recuerdo el primer día que pasé a verte. Me entregaron un gorro y unas calzas verdes. La sala, circular, estaba en penumbra; en el centro hay monitores con gráficos y luces que parpadean. Tu cama estaba al fondo. Habían cubierto tu hermosa melena con un gorro igual al mío. Dormías, inalterable, como ahora, no había signos de dolor en tu semblante. Respirabas rítmicamente, por ti misma, no estabas entubada. Si no hubiera sido por los cables conectados a tus muñecas y los electrodos en tu pecho, de piel blanca, hubiera podido creer que simplemente dormías. Me fijé en tus manos de uñas cuidadas; toqué una de ellas, suavemente, nada respondió al contacto.

Se acabó el tiempo de visita, los familiares de los otros enfermos eran recibidos por doctores que les daban el último parte. Familiares de Isabel, sala tres, oí decir a la salida.

En la puerta de la consulta número tres había un rótulo: Doctor Aguilar. Entré:

—Pase, siéntese por favor. —Era un hombre atractivo de mediana edad.

—Gracias.

—¿Cuál es su parentesco con Isabel?

—Soy una amiga reciente, me temo que no podré aportarle mucho, la he conocido hace poco, ni siquiera sé su domicilio y nada acerca de su familia. Manteníamos conversaciones en el parque, cosas intrascendentes —inventé—. Me enteré por casualidad de su ingreso, quisiera ofrecerme por si puedo ser de alguna ayuda.

—Muy de agradecer por su parte, pero de momento no seré muy explícito, usted comprenderá, los informes son confidenciales y están destinados a los familiares directos.

—Me hago cargo doctor, no se preocupe. De todas formas me gustaría poder visitarla, si no aparece nadie que la reclame. Sería bueno que si despierta encuentre una cara amiga, ¿no le parece?

—Por mí no hay inconveniente, pero siento decirla que no es muy probable que salga del estado comatoso en el que se encuentra.

—Comprendo.

Después te subieron a la planta tercera, donde ahora te encuentras. Vengo cada día; se han acostumbrado a verme. A falta de alguien cercano, me he convertido en tu pariente, así, por decisión propia. Una responsabilidad que he adquirido voluntariamente y que, si he de serte sincera, me libera en parte de la preocupación sobre el problema que me mantiene en este hospital. Es acuciante esta incertidumbre ante la espera que impone mi situación.

Llego cada día, traigo flores frescas que dispongo en una vasija sobre tu mesilla, me esmero en el arreglo floral, como si pudieras verlo, con la esperanza de que lo hagas.

La habitación es luminosa. Por el amplio ventanal se divisan los árboles que hay en la parte trasera del edificio.

Junto a la cama hay una cómoda butaca de la que me he adueñado y en la que paso horas en tu silenciosa compañía. La temperatura es agradable; tú no lo sabes pero suelo abrir la ventana para que entre esa brisa del mar que impregna Cádiz por cualquiera de sus rincones. Estamos muy cerca de la playa Victoria, pero es tan pequeña esta ciudad que toda ella huele a mar. Se dice que aquí las paredes de las casas sudan, pero es una humedad tan templada que acoge y envuelve gratamente, como un suave refresco para el calor de esta hermosa región que es Andalucía. No soy de aquí, vengo de Madrid, pero esa es otra historia, la mía, de la que espero hablarte, aunque yo desearía poder hacerlo cuando despiertes. Como ves, no pierdo la esperanza, a pesar de los malos pronósticos. Son tantas las veces en las que la Medicina no tiene la última palabra…

2

Vine a Cádiz para empezar una vida nueva. Te cuento esto para cerciorarme de mi hazaña, para poner nombre a mi valor. Estoy aquí porque quiero olvidar lo pasado y comenzar de nuevo. No se trata de un capricho, es una necesidad vital. Podría haber ido a parar a cualquier otra parte; siendo como soy de Madrid, nunca había anhelado la cercanía del mar. Fue un deseo que se me presentó inesperadamente. Lo soñé un día y, al despertar, lo recibí como la mejor de las opciones. Cierto que aquí había pasado un verano con mis padres y mis hermanos cuando era niña y lo creía ya olvidado, pero se me fue pegando la idea. Los días largos, los otoños tardíos, fugaces los inviernos y los veranos aireados, con este viento de poniente, bendito viento. Dicen que el viento enloquece a los hombres; a mí me libera, se lo lleva todo, me renueva. Y esta hermosa luz que hace resplandecer matices desconocidos para los que, como yo, hemos nacido en el interior, abrigados por las montañas, donde los horizontes tienen límites en los que rebotan las fantasías, las que volvieron a mí intactas, sin posibilidades. Estaba decidido: sería Cádiz.

Qué magia benefactora le supongo a esta ciudad acogedora, para que yo no sienta esta carga inesperada como algo insoportable. Fue al poco tiempo de mi traslado cuando me diagnosticaron la enfermedad. Llegó como una novedad desagradable que, por otro lado, empezó a ocupar mis pensamientos librándome de los otros, los que me propongo olvidar.

He salido fuera, era tu hora del aseo. Estuve charlando con Margot. Me preguntaba qué clase de nombre es ese en nuestra lengua. Ella dice que su madre desciende de alemanes. Es una mujer corpulenta cuyas facciones duras quedan dulcificadas por la claridad de su cabello.

—Es bueno que la hablen —me ha dicho Margot.

—Eso hago.

—Hay experiencias que confirman ese beneficio; de hecho, parece cierto que la audición permanece en muchos de estos casos y que, además, es el último sentido en desaparecer al término de la existencia. De cualquier forma será un estímulo que la conecte con la vida.

Pobre mujer —dijo, y añadió—: es muy meritorio lo que usted hace Elisa. ¡Ah! Puede llamarme Marga, tengo la sensación de que le resultará más cómodo.

—No se preocupe, tengo tiempo para hacer lo que hago. En cuanto a su nombre, Margot, me parece perfecto, me gusta. —Sonríe.

Hoy, le digo a la enfermera guapa —ella sabe que lo es— que se me ha hecho corta la sesión. Permanece impasible, acaso teme descomponer su bonito rostro con una mueca risueña. Hoy no le tocaba el turno a Asun y me he propuesto averiguar como es su trasformación haciéndola reír; difícil, muy difícil, le cuento un chiste corto al que ella no parece verle la gracia. Otro día será. Elisa, dice: hemos terminado por hoy, sólo dice eso, y no sonríe. Debería intentarlo, sería bueno para todos nosotros, los que acudimos a las máquinas buscando horas de vida.

Decía que hoy se me ha hecho corto. Tres horas dan para mucho, pero mi pensamiento es continuo; no recuerdo momentos vacíos en mí actividad cerebral durante toda mi vida, ni siquiera cuando duermo. Por suerte o por desgracia, evoco cada mañana lo que he soñado. Imagino un liberador cartelito sobre mi almohada: no molesten, estoy durmiendo. Pienso cosas para dejar de pensar. Una vez hice un curso de relajación; se suponía que tenía que dejar mi mente en blanco. Nunca lo conseguí, intentarlo, me suponía un estado de ansiedad mucho más pernicioso que este supuesto estrés, mi estado natural. Durante la sesión de hoy he tratado de poner nombre a los sentimientos que rigen mi mente, o es al contrario, ¿es el acto de pensar lo que da lugar a las emociones, a veces, tan encontradas? Esta obsesión mía de poner nombre a todo por temor a que se pierda en la nada… Las cosas que no tienen nombre es como si no existieran. Ahora ando dándole vueltas a poner nombre adecuado a mi situación actual. No a esa parte que me trae aquí y me hace dependiente, eso es obvio y a su vez genera tristeza, inse-

guridad, falta de libertad; no, no esa parte, la otra. ¿Soledad?, tal vez; demasiado previsible, soledad es la consecuencia, no distingue como se ha llegado hasta ella. Qué nombre darle a este estado de aislamiento que yo misma me he procurado, porque es producto de una decisión meditada que debe suponerme tranquilidad para curar lentamente mi maltrecha autoestima, y permitirme olvidar a la extraña que he sido y en la que ya casi no puedo reconocerme, porque empiezo a ser la que fui, hace mucho tiempo. Puedo recordarlo. Ahora se trata de borrar los últimos años.

¿Sabes?, hoy he dado un paseo por la playa antes de venir aquí. Las gaviotas andaban esta mañana un tanto alborotadas, como si percibieran un cambio en el ambiente. Yo estuve de acuerdo con ellas, sí, con las gaviotas. Me contagiaron su algarabía. Parecían darse cuenta de mi complicidad. No se apartaban a mi paso y ladeaban las cabezas para enfocarme con su ojo.

La brisa traía retazos de primavera, como jirones arrancados al tiempo, allende los mares, por las costas africanas, tan templadas todo el año. La mar en calma —la mar, como dicen aquí, empiezo a acostumbrarme a nombrarla en femenino—, como un remanso, cubierta de plata; aún el dorado del sol no la alcanzaba, asomaba ya por el horizonte, como una naranja. Ningún barco a la vista, nada. Un regalo para mí. Sola yo en la playa, y las gaviotas. Te pinto este cuadro para que puedas verlo con mis palabras, para que no olvides lo que hay a este lado; por si quieres o puedes volver. Yo te espero para conocerte.

Eres guapa Isabel. Yo cuidaré tu pelo y arreglaré tus uñas mientras dure tu viaje. ¿Cuál será el color de tus ojos? Estuve a punto de verlos el otro día, cuando el doctor miró tus pupilas, pero me mantuve a la distancia adecuada, no era el momento. Aprendí a respetar los tiempos. Antes, yo era impaciente, impulsiva; después cambié, por eso tardé tanto en decidirme a dejar Madrid. Cualquier día de estos te contaré mi historia. Me pregunto cómo serás cuando sonríes. Siempre busco sonrisas; no conozco a nadie que le hagan tanto bien como a mí las sonrisas. Será porque me faltaron durante mucho tiempo.